



GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: MÁSCARAS Y SUBVERSIONES

Mirta Yáñez

(Universidad de La Habana / Academia Cubana de la Lengua)

La presente conferencia ha sido pronunciada en diversas ciudades pero fue preparada en ocasión de un curso de posgrado dictado en la Universidad de Santiago de Compostela sobre el tema de género durante el Romanticismo latinoamericano, en el año 2012. Este texto sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda forma parte de un estudio mayor, todavía inédito.

CONFERENCIA

*Dedicada a Liudmila Ilieva
por su talento y humanidad,
de su antigua profesora*

Gertrudis Gómez de Avellaneda ha llegado al segundo centenario de su nacimiento. Celebrada ya como lo que es: una grande de la literatura universal. Pero en dos siglos no se han atenuado las polémicas y los desafueros en torno a su persona. Si existiera un *más allá*, quiero imaginar que anda divertidísima al enterarse de que sus dos ciudades amadas –Sevilla en España y Camagüey en Cuba– se disputan sus restos. La antaño trashumante, al punto de ser apodada *La Peregrina* –que murió en medio de una terrible soledad y cuyo entierro apenas fue acompañado por un grupito de dolientes–, sigue dando guerra. Se cuenta que otra dama de las letras de habla española, la cubana Dulce María Loynaz, involucrada en las gestiones de honrar a Gertrudis, llegó a declarar que esa cruzada por la Avellaneda era una de las últimas batallas románticas.

Y en estos tiempos donde todavía la igualdad de géneros sigue siendo una quimera –aun cuando ya es corriente y usual la perspectiva de análisis de textos desde un punto de vista de género–, la Gertrudis de dos tierras, la cubana y la

española, es considerada como una de las primeras ideólogas del establecimiento de un imaginario femenino. No solo desde su propia obra, sino, además, se reconoce su ardua labor de difundir la creación de otras colegas suyas. Fue fundadora de la primera revista de y para mujeres del continente americano, el *Álbum cubano de lo bueno y lo bello* (1860).

Entre las escritoras de Hispanoamérica del siglo XIX, ninguna como la Avellaneda para emplazar la polémica y entablar derroteros. En sus textos narrativos, la protagonista femenina, si bien bajo los cánones del romanticismo, estableció por primera vez una mirada desde su postura de mujer. Esto le valió censuras y equívocos. Desde una mirada contemporánea, su figura se alza como una adelantada.

A partir de los estudios de la marginación de la mujer, se enfatiza el reconocimiento, desde los tiempos coloniales en toda América Latina, de la situación preterida de la mujer, víctima de los poderes religiosos, judiciales, familiares, pues –como bien lo ha indicado la crítica feminista–, las castas de funcionarios y de sacerdotes, y la vida patriarcal de la familia, ejerció una marcada misoginia. Sin olvidar, por cierto, que esta preponderancia de los poderes masculinos sobre la mujer afectaba tanto a las mujeres indígenas, como a las criollas blancas, como a las mujeres emigradas de Europa, a las pobres y a las ricas, a todas por igual, convirtiéndolas en los seres *más desfavorecidos*, tanto de la colonia como de la etapa de la post-independencia. Naturalmente, a las injusticias de género se sumaban las discriminaciones sociales por orden de raza o de clase.

De ahí la presencia recurrente en la literatura romántica de un sujeto femenino idealizado y prototípico de efectiva solidez y en el cual, solo de tanto en tanto, se producirían fisuras con una imagen más cercana a lo real concreto, sobre todo cuando las autoras, las pocas que lograban romper el cerco, se atrevían a una auto-representación más apegada a la realidad o al desafío de la protesta. Gertrudis Gómez de Avellaneda pagó con creces sus osadías y subversiones.

Frente a las hostilidades de su época, la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz escogió la vida conventual, en tanto Gertrudis –como otras pocas escritoras del XIX– se decantó por una existencia de reto, luchando por su vocación, enfrentándose a las circunstancias y a los prejuicios. La castigaron. La Real Academia de la Lengua Española, como es de sobra sabido, le negó la entrada a la institución en 1853.

La mujer sin cuerpo y sin historia, y encerrada en su casa, a eso se podía resumir la receta de la protagonista femenina en el romanticismo desde la mirada masculina, la hegemónica. Hay *heroínas*, pero no mujeres *heroicas*. No podía ser de otro modo, las fronteras sociales y morales que se imponían a lo femenino de manera general, se hacían también –y más aun porque sirven de didáctica o escarmiento a las posibles lectoras– a las protagonistas. Se oculta el

cuerpo, se delimitan los espacios, como símbolos de dominio. Pero por la misma condición peculiar del continente americano, ese espacio se va rompiendo y los cuerpos se van liberando. Por lo pronto, va a aparecer el discurso femenino que les da voces nuevas a las protagonistas mujeres.

Algunos críticos consideran, con razón, que algunos de los personajes femeninos de la Avellaneda pueden interpretarse como máscaras. Sus personajes femeninos tienen providencias trágicas, como era habitual: pierden la razón, se enferman, mueren, se encierran en conventos. A veces tal pareciera que la locura es el desenlace natural de los destinos, y de ahí proviene en parte la idea de la máscara: la escritora lo relata, pero no quiere decir que lo acepte ni mucho menos lo proponga como ideal. La crítica a las convenciones patriarcales se mantiene soterrada, pero ahí está. La fatalidad que persigue a las mujeres no proviene, como en los textos escritos por caballeros, como una advertencia, castigo o solución para mantener la pureza, ni siquiera como un maleficio, sino como una consecuencia de los rigores de la sociedad machista. Así lo ve la Avellaneda.

Como muy bien explica la ensayista cubana Zaida Capote al comentar el personaje de Anunziata en *Espatolino*, su presencia no sea nada más –o nada menos– que una pantalla, un velo, un disfraz que muy a tono con la historia de la novela, oculta, con su acatamiento de las leyes patriarcales y su silencio ante la ocupación de su patria, la verdadera razón de ser de su novela y el interés real de su autora¹.

Y esto vale también para sus otras novelas, en especial *Sab*, clasificada por la crítica como *novela sentimental*, aunque de hecho va mucho más allá, con su abierta campaña contra el esclavismo, las calamitosas providencias del mestizaje en el Nuevo Mundo, y el sometimiento de la mujer a estatutos impuestos por los hombres. Pero el ojo del censor sí vio con claridad la subversión y la denuncia. Se publicó en 1841, mas la autora declaró que durmió años en una gaveta, se supone que la escribió alrededor de 1836. Por supuesto, la novela *Sab* fue perseguida por los anatemas coloniales en Cuba.

Las escritoras románticas tuvieron un doble desafío: el fundamental fue la creación de sus propios personajes, fundar una escritura propia que abrirían los caminos del siglo XX, con una incipiente y valiente mirada feminista².

En un principio no se produjeron grandes cambios. La crítica feminista reconoce que las autoras del romanticismo asumieron los patrones y las convenciones de la ficcionalización de la mujer aceptando, en su casi totalidad, los modelos masculinos hegemónicos. Pero esto no fue completamente así. De una u otra forma, ya sea por la conciencia adquirida de la situación de la mujer, ya sea por el imperativo de las transformaciones sociales en el tránsito de una economía retardataria hacia un progreso capitalista y liberal, las fracturas en la

¹ Cfr. Zaida Capote, *La nación íntima*, La Habana, UNIÓN, 2008.

² Por supuesto, cuando uso el término *feminista* es desde una visión actual.

compacta imagen del *ángel del hogar*, y uno que otro planteamiento deslenguado, se fueron haciendo presentes, cada vez con más fuerza.

De hecho, cabe afirmar que las escritoras más sobresalientes le plantaron cara a muchos de los estereotipos del romanticismo, como lo hizo, claro está, la más suprema de todas, Gertrudis Gómez de Avellaneda, con la denuncia de los arraigados prejuicios de raza y clase.

Fueron silenciadas, represaliadas con burlas y olvidos, sus textos más sobresalientes quedaron al margen de los estudios literarios y de las historias de la literatura, pero los estudios de género han servido no solo para la labor de arqueología de obras menores, sino para poner en el sitio que se merecen las buenas novelistas del siglo XIX, y con ello iluminar las áreas de indocilidad que tuvieron a bien, con coraje, exponer en sus obras.

La caracterización de la protagonista femenina fue uno de estos actos de insubordinación en que presentaron sus armas, que hoy llamaríamos *feministas*, nuestras intelectuales latinoamericanas del romanticismo.

Otra de las rebeldías –y una de las más sonadas– se manifestó en contra de los parámetros tradicionales del matrimonio y la crítica a la sumisión de la mujer. No era tarea fácil romper los patrones con una actitud vital personal, y encima sentarse a escribir sobre eso:

En la mujer, la culpabilidad de abandonar al padre, al esposo o al hijo para dedicarse a la literatura, se sumaba la de abandonar a obispos o párrocos que exigían, implacables, su colaboración en obras de caridad. Tal vez por eso, cuando no componía poesía mística o amorosa, tomaba la pluma a favor del desposeído o se constituía en guardiana de la moral familiar. Fatalmente, la religión del hogar o de la iglesia, dejaba poco espacio para la imaginación. (Araujo, H. 1982: 30)³

Según yo lo veo, uno de los rasgos de originalidad del romanticismo latinoamericano es el tratamiento de la mujer por parte de sus autoras. No fue sencillo, ni abierto. Las protagonistas femeninas, cuando las mujeres tomaban la palabra reproducían, en buena medida, los moldes exigidos por la tradición patriarcal. Pero, bajo la mirada femenina, ya no cabían las Marías⁴ ni sus *epígonas*.

Es conveniente insistir en que las imposiciones del poder masculino controlaban las manifestaciones culturales, entre ellas, naturalmente, las formas de edición, con limitaciones más severas que en otros sitios del mundo y por ello es que Gertrudis Gómez de Avellaneda fue censurada. No solo por el conservadurismo implacable americano se vio restringida a publicar sus textos principalmente en España, sino que a la hora de seleccionar las obras para su

³ Helena Araujo: "Narrativa femenina latinoamericana" en "Revista Hispamérica, año XI, no. 32, 1982, p. 30.

⁴ *María*, novela del colombiano Jorge Isaacs.

compilación completa, dejó fuera su texto clave, *Sab*, y otra novela que abiertamente desafiaría los códigos sexistas, *Dos mujeres*.

En todas sus novelas, de una u otra forma, Gertrudis Gómez de Avellaneda intercala sus osadas opiniones sobre la situación de la mujer en su estado de subordinación social y familiar, en especial bajo el matrimonio, las cuales, por muy enmascaradas o subliminarias que fuesen, dejan clara su posición como una de las primeras feministas de América. En sus textos –y en su conducta– la Avellaneda habló de la mujer con conciencia de hacerlo y la reconoció y caracterizó como pobre y ciega víctima, incluso en escalón más bajo que el esclavo.

Excelentemente escrita, *Sab* no fue solo una de las primeras novelas antiesclavistas, inauguradora de lo que después se llamaría *novela social* del romanticismo latinoamericano y que produciría ejemplares testimonios de la vida desigual en la época de la colonia, sino que –como ya se ha dicho– en la creación de sus personajes vulneró el sagrado patrón de conducta instaurado por un déspota paternalismo, religioso y esclavista.

Sus frases directas y atrevidas deben haber causado mucha conmoción y disgusto entre la letrada comunidad patriarcal; enunciados que no se encuentran prácticamente en ningún texto escrito de mano masculina, como esta, a modo de ejemplo: «es útil conocerlos [a los hombres] y no pedirles más que aquello que puedan dar» (Gómez de Avellaneda, G. 1973: 306). Y cuando, en la carta de despedida del esclavo mulato Sab, entre otras afirmaciones severas, la novelista concluye: «¡Oh, las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas» (Gómez de Avellaneda, G. 1973: 316). Cabe añadir el comentario que introduce la estudiosa y novelista cubana Mary Cruz a la edición crítica de *Sab*, cuando en su nota al pie número 17 de esta frase explica: «Esclavitud de la mujer: planteamiento valeroso de la necesidad y equidad del divorcio en ciertas circunstancias» (Gómez de Avellaneda, G. 1973: 336). Con franqueza rayana en el insulto, la Avellaneda califica a los hombres de su tiempo no solo como detractores del sexo débil, sino como sus *amos*.

En *Sab* se transgrede el modelo de la heroína romántica, no solo la mujer protagonista queda en peor situación que un esclavo, sino que se acepta que este esclavo se enamore de la blanca. En esta obra, además del radical antiesclavismo, la autora introduce en sus protagonistas un signo de carácter inverso. No se trata del poderoso blanco quien celebra y vuelve corpóreo el cuerpo físico de una negra o una mestiza. Novedosamente es el mestizo y esclavo Sab quien, desde su mirada, humaniza nada menos que a una mujer blanca. En más de una ocasión, Sab recalca el carácter carnal de su amor hasta llegar a afirmar que era una mujer y no un ángel lo que veían sus ojos.

Y si bien el problema central es la esclavitud y sus consecuencias, a lo largo de toda la novela se mantiene una voz alzada sobre la situación preterida

de la mujer. Por otra parte, como perspicaz y hábil narradora, supo reproducir en boca de sus protagonistas hombres, idénticos clichés de la narrativa masculina pintando a las mujeres con caprichos y actitudes que hoy llamaríamos histéricas.

Algunos consideran sus obras *femeninas* cuando la narradora acata algunos cánones del romanticismo. En efecto, las mujeres no tienen posibilidad alguna de cambiar su destino, eso es lo que afirma la autora, pero, insisto, su mensaje profundo aspira a subvertir esa realidad, desde una lectura astuta: si hay un *hado funesto* propio del estilo romántico, de *maleficio*, se trata del maleficio de ser mujer. Terminan, como ya se dijo, locas o en la tumba. La aniquilación física de la mujer no es aquel recurso en pos de la pureza que exigía el romanticismo, sino una desafiante acusación ante los tremendos acontecimientos de sus historias donde las mujeres siempre son las inmoladas. Así lo ve la Avellaneda.

En la novela *Dolores* (1860) –crónica de familia acerca de un hecho que, según la autora, verdaderamente ocurrió– se narra cómo la madre de una doncella, con tal de salirse con la suya en cuanto a un matrimonio, llega a confabularse para matarla y termina por encerrarla como si estuviera muerta. Y en *Dos mujeres* (1842) –una de sus obras más peculiares a pesar de abordar el tan recurrido asunto del triángulo amoroso– la autora pone valientemente en entredicho las leyes del amor de un hombre dividido entre dos mujeres. En este texto, Gertrudis Gómez de Avellaneda enfrenta al clásico *ángel del hogar* contra el demonio de la pasión y hace una curiosa y ardorosa defensa del derecho de la mujer a llevar una vida independiente, declarándola como *la siempre víctima* en cualquier circunstancia con relación al hombre. Y que suena como alegato en defensa de muchas de las posturas de la propia escritora. En final inusual se abrazan y se aceptan las dos rivales, aunque el suicidio de una (la pasión) confirma la cita final «y la culpable y la virtuosa ambas son igualmente infelices, y acaso también igualmente nobles y generosas» (Gómez de Avellaneda, G. 1914: 210).

No solo estableció un discurso distinto, de denuncia y protesta, sino con sus protagonistas mujeres, nuestra venerable Gertrudis, desacatadora por naturaleza, llegó a anunciar cambios y justicias para la mujer en el futuro.

Justamente cuando transcribía este texto sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, me llegó un peticionario de correo electrónico. Para mi sorpresa –y ratificación de que la realidad suele ser más deslumbrante que la ficción–, se trataba de una solicitud de firmas para apoyar que, en homenaje a la escritora, la Real Academia Española de la Lengua la nombrase póstumamente como miembro⁵ a aquella que fuera la primera mujer que intentara una silla y que le fuera denegada por el mero hecho de pertenecer al sexo femenino. Como

⁵ Circula en la red a título de la Asociación Cultural y Literaria *La Avellaneda*: «Que la Real Academia Española nombre académica a Gertrudiz Gómez de Avellaneda, rechazada por ser mujer».

escribí al principio: las batallas no concluyen en torno a nuestra Gertrudis.

Fuentes citadas

Araujo H., «Narrativa femenina latinoamericana» en *Hispanamérica*, año XI, No. 32, 1982, pp. 28-37.

Gómez de Avellaneda G., *Sab*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973. Edición crítica de Mary Cruz

_____, «Dos mujeres», en *Obras de la Avellaneda*, Edición Nacional del Centenario, tomo V, Habana, Imprenta de Aurelio Miranda, 1914, pp. 180-290.